

La Fiesta del Arbol en Huelma.

Francisco Ruiz Sánchez

www.huelma.org

Hace ya tiempo que comencé a recopilar fotografías antiguas de Huelma. Una de las primeras que pude conseguir me lleno de perplejidad. En ella se podía observar a un grupo importante de vecinos de Huelma que bajaban por la calle Ramón y Cajal en procesión presidida por un grupo de mujeres vestidas al estilo de los años 20. Era una fotografía de Carlos Gerhard, un huelmense nacido en el 1900 en el seno de la conocida familia Jiménez, médico de profesión y gran aficionado a la fotografía. A él le debemos casi todas las fotografías históricas del pueblo.



Como el lector podrá comprobar, por mucho que se mire la fotografía no se puede observar ningún santo, virgen o cualquier otro objeto de culto religioso. ¿Qué tipo de ceremonia sería aquella? Nadie supo explicármelo, por lo que dejé guardada la copia en un rincón de mi ordenador en espera de nueva información.

Y por suerte, esta información no tardo en aparecer. Fue Paco Amaro, familiar del autor de la fotografía y amante de la historia de Huelma, el que me la proporcionó, mostrándome otra copia en la que en la base se podía leer: "*Huelma años 1924. Fiesta del Arbol*". Me informé de esta fiesta que desconocía hasta esos momentos y todo cuadró como un rompecabezas. Veamos en que consistía esta fiesta.

En el siglo XIX., con las desamortizaciones, hubo en España una gran pérdida de masa forestal. Al árbol se le tenía como una rémora que impedía u obstaculizaba la obtención de una rentable finca agrícola. La cultura popular despreciaba al arbolado.

Se llega así a finales de siglo, cuando para ordenar y administrar a los abandonados bosques españoles se crea la Administración Forestal Española con base al Cuerpo Nacional de Ingenieros de Montes. Estos profesionales, imbuidos por el ambiente regeneracionista de finales de siglo, se plantean repoblar los montes, enfrentándose a una administración, a unos políticos, a una sociedad que no creen en la bondad de estas actuaciones. Pensaron entonces estos ingenieros que lo primero que tendrían que hacer era cambiar esta mentalidad. Tenían que hacerles ver que una política de reforestación contribuiría en gran medida a conseguir el tan deseado desarrollo económico y social de aquella España de finales del XIX.

Uno de estos ingenieros, Rafael Puig y Valls, tuvo la idea de trasladar a España una fiesta cívica creada unos años antes en Estados Unidos con gran éxito, el "*Arbor day*". Se trataba de crear un día de fiesta en torno al árbol, siempre con fines educativos y por lo tanto dirigido a los escolares, pero en el que también participaría todos los sectores de la sociedad. Sería una fiesta despojada de cualquier significación política y promovida por una asociación que se crearía a tal efecto, "*Amigos de la Fiesta del Arbol*", en la que cabrían representantes de todos los estamentos de la vida española, desde el propio Rey Alfonso XIII, hasta partidos políticos y sindicatos, pasando por asociaciones profesionales, culturales, deportivas ...

La primera fiesta basada en este modelo se celebró en la ciudad de Barcelona el 1899. Comenzó en el Palacio de Bellas Artes, lugar de encuentro de los niños y niñas de las escuelas de Barcelona acompañados de sus maestros y maestras. A las cuatro de la tarde, ondeando sus banderas y estandartes, precedidos por guardias municipales a caballo y la banda de música del Regimiento Aragón salieron en comitiva a la calle. Detrás de los niños iban los invitados, autoridades, funcionarios y la Corporación municipal en pleno, incluyendo al Gobernador Civil. Cerraban esta procesión laica la banda de música municipal, la guardia municipal a caballo y un público muy numeroso. Todos sumaban unas 20.000 personas.

La comitiva caminó por el entorno del palacio, deteniéndose delante de Museo Zootécnico, donde las autoridades y responsables de la organización se dirigieron a los allí concentrados. Tras floridos discursos, los escolares transplantaron cuatrocientos veinte pinos, siendo obsequiados seguidamente con una merienda. El éxito de la jornada festiva fue grande y pronto se extendió con igual resultado al resto de España.

Esta gran aceptación que tuvo la fiesta en sus orígenes, y que mantendrá durante cuatro lustros, estaba basada en dos pilares. Por una parte, su motivo central, estando todos de acuerdo en el mensaje que se intentaba transmitir. Por otra, en su organización, donde intervenían todos los sectores de aquella sociedad, y, siempre que fuera posible, por personas extrañas a la política.

Tanto fue este éxito que el Gobierno se siente en la obligación de dictar un Real Decreto en 1904 con el fin de apoyarla oficialmente y posibilitar que se pudiera celebrar en todos los rincones del país. Así, se crean Juntas locales para la organización de la fiesta a

forma y manera de la asociación creada años atrás en Barcelona, y se estimula las plantaciones con premios y reconocimientos.

La aceptación popular de la “Fiesta del Arbol” sigue aumentando, tanto que mediante otro Real Decreto de 1915 se declara como obligatoria su celebración en cada término municipal, además de exigirle a los Consistorios la consignación en sus presupuestos de una partida anual para los gastos. De la Fiesta del Arbol en Huelma de estos años, concretamente de 1924, son las fotografías tomadas por Carlos Gerhard.



En esta fotografía podemos ver en un primer plano al grupo de niños en fila, acompañados presumiblemente por un maestro. Tras ellos la banda de música y las autoridades locales, distinguiéndose los uniformes de gala de los Guardias Civiles. Continúa un nuevo grupo, esta vez de niñas, vestidas con uniforme blanco. Finalmente, y a la altura del

antiguo convento de San Agustín, podemos distinguir un numeroso grupo de vecinos de Huelma. A este grupo pertenecería la primera fotografía expuesta en este trabajo. Las tres primeras mujeres que podemos observar pertenecen a la familia Jiménez. Según sus familiares serían María Fuensanta, María Dolores y María Josefa Jiménez Quesada. También son de esta familia las personas que aparecen asomadas al balcón de la que fue casa de Daniel Vázquez de Lizana, un rico hacendado de Arbuniel, casado con Ignacia, una hermana de las anteriores.

También de estos años son los recuerdos de Elisa Moreno López. Nació en 1921 y aún recuerda la poesía que recitaban los escolares con motivo de esta fiesta.

*Vano intento pretender
a los árboles cantar
cuando yo sólo se hacer
dar tormento o jugar.*

*Pero no quiero callar
en una ocasión como ésta
que al celebrar hoy la fiesta del árbol
quiere este niño decir los bienes que presta
para tenerle cariño.*

*El árbol se planta, crece, su fruto es alimento,
a veces nos ofrece eficaz medicamento.
En el invierno es contento,
pues nos calienta su fuego
y su sombra quita luego en el verano calor
y nos da fresco y sosiego,
es digno de nuestro amor.*

*Sus hojas tienen virtud del ácido que envenena,
absorber y dar salud, porque él nos oxigena.
El árbol su alma llena de piedad y de consuelo
porque arrastrado en el suelo
en nuestro mortal camino
nos va señalando el cielo,
nuestro origen y destino.*

*A los niños va a servir
para cuna su madera,
ataúd va a recibir
el cadáver del que muera.
Sólo por esto se hiciera digno de nuestros amores,
¡amad al árbol señores!
Y ya al terminar os digo:
Que por todos sus favores
¡yo lo quiero y lo bendigo!*

Y así se continuó celebrándose hasta 1936, cuando el estallido de la Guerra Civil quebró todo tipo de vida normalizada.

En la posguerra la Fiesta del Arbol languideció, volviendo a recuperar algún vigor en los años 60 con otros nombres. Los que tenemos algunos años recordamos las plantaciones de pinos que por aquellos años se organizaban en las escuelas. Actualmente, en muchas localidades se siguen organizando esta actividades, pero siempre de manera individual, esporádica y sin ninguna legislación que las organice, que las ampare.